

Sesión homenaje al Dr. José Gregorio Hernández con motivo del 75 aniversario de su muerte

Fermín Vélez Boza

La Junta Directiva de la Academia Nacional de Medicina tuvo a bien designarme para hacer la presentación a ustedes de mi apreciado amigo el Ingeniero Químico Marcel Carvalho Ganteaume, hijo del Dr. Inocente Carvalho, sobrino del Dr. Hernández.

Carvalho es un destacado profesional de la Química Industrial, en la cual trabajó exitosamente durante muchos años y últimamente ha realizado estudios acerca del Dr. Hernández. A este respecto, por invitación de la Sociedad Venezolana de Microbiología, presentó hace dos años en el auditorio del Centro Médico de Caracas una conferencia sobre "José Gregorio Hernández. Visión familiar" que fue de gran interés.

Invitado por la Sociedad Venezolana de Historia de la Medicina dio en ésta, otra titulada "Develando la esfinge", la cual llamó mucho la atención, recibiendo muchas congratulaciones de los asistentes al acto; recientemente ha sido electo, muy merecida-

mente, Miembro Correspondiente de esta Sociedad.

En la actualidad está publicando una obra acerca de la vida y pensamiento del Dr. Hernández, que es de gran importancia y espera darla a conocer muy pronto.

Como investigador de la Historia de la Medicina y por sus nexos familiares con el Dr. Hernández, le permiten conocer una información muy valiosa y difícil de alcanzar por otras personas dando a conocer hechos poco conocidos.

En esta ocasión nos presenta su valioso estudio acerca de la posición adoptada por el Dr. Hernández frente la Teoría de la Evolución, de mucho interés histórico; con sus conocimientos y excelentes dotes de expositor, darán una gran contribución en la Academia Nacional de Medicina, en este acto en conmemoración del 75° aniversario de su deceso.

Dejo con Uds. al Ing. Marcel Carvalho Ganteaume.

Es muy honroso y constituye un gran compromi-

José Gregorio Hernández y la teoría de la evolución

Ing. Marcel Carvalho Ganteaume

so el hablar en este augusto recinto donde han hablado hombres de la talla intelectual y moral de Luis Razetti y José Gregorio Hernández. Para mí el compromiso es aún mayor pues no puedo olvidar que mi cuñado y hermano mayor, el doctor Ernesto Vizcarrondo presidió la Academia que hoy acoge mis palabras.

Hace setenta y cinco años que la ciudad de Caracas, la de los techos rojos, se estremeció con la trágica muerte de José Gregorio Hernández, el médico de los pobres; aquél en quien unos y otros reconocían el olor de la santidad fundada en la caridad.

Hace noventa años que los medios científicos de la Caracas recoleta y religiosa de entonces, se estremecían con la polémica sobre la teoría de la evolución, sobre cuyos fundamentos hubo de pronunciarse esta Academia a requerimiento de su Secretario Perpetuo, el doctor Luis Razetti.

Es por eso que, para conmemorar los setenta y cinco años de aquel aciago hecho, me ha parecido conveniente estudiar y presentar ante ustedes el pensamiento y la posición adoptada por el doctor Hernández frente a aquella polémica que tuvo tanta trascendencia en su desarrollo intelectual y espiritual.

Confrontación de ideas a fines de siglo

A fines de siglo, los doctores Adolfo Ernst desde

la Cátedra de Historia Natural y Rafael Villavicencio desde la de Filosofía de la Historia, venían enseñando la doctrina de la evolución de las especies y sembrando el germen de la filosofía positivista en el ambiente universitario. Con ellos se había iniciado una verdadera revolución en el pensamiento arcaico y anquilosado prevaleciente en la Universidad Central durante la segunda mitad del siglo XIX.

La influencia de esos dos hombres fue notable durante la época de formación de los jóvenes que luego irían a Europa a continuar sus estudios y a profundizar en el conocimiento de aquellas ideas que estaban en boga en las facultades y en los centros intelectuales de París.

Cuando el hombre piadoso y católico ferviente que era José Gregorio Hernández llegó a París en 1889, procedente de la aldea de Isnotú, se encontró con que allí se discutían apasionadamente ideas filosóficas que atacaban frontalmente a la religión en general y al cristianismo y a la Iglesia Católica en particular.

Darwin había publicado su libro el “Origen del hombre” (1), sólo diez y ocho años antes de la llegada de Hernández a Europa, de modo que estaba fresca allí la gran controversia que desencadenaron sus ideas y doctrinas científicas, tanto en las universidades, academias y politécnicos como en los salones elegantes, en los cafés y en las buhardillas ocupadas por estudiantes venidos del mundo entero.

No debió ser fácil para José Gregorio enfrentar el torrente de materialismo que inundaba hasta lo más recóndito del pensamiento en la Europa de entonces y mantenerse fiel a su fe y a sus principios.

Cuando Hernández llegó a Caracas en 1891, se encontró con que aquellas mismas ideas se exponían y discutían en la cátedra universitaria, en la intimidad del consultorio médico, en el gabinete legal, en los salones de la sociedad, en los conciliábulos políticos y en la prensa. Las discusiones científicas y filosóficas se complicaban con la introducción en ellas de las teorías de la evolución de las especies y del origen del hombre, promovidas por Razetti y, según algunos, empíricamente demostradas, como contrapuestas a la doctrina de la creación, revelada en el relato bíblico y empíricamente demostrable.

Estalla la polémica

Sin embargo, fue sólo en 1904 cuando estalló la polémica pública como respuesta del doctor Razetti a un sacerdote que lo había tildado de corruptor de la juventud, por enseñar las doctrinas de la evolución

de las especies y del origen del hombre, con sus implicaciones materialistas y anti-creacionistas. Dice el propio Razetti: “No existe en nuestros anales recuerdo de polémica más ardiente que la que yo tuve que sostener al mismo tiempo en la Academia de Medicina y en la prensa con adversarios, muchos de los cuales ocupaban muy altas cumbres intelectuales y sociales”.

Luego añade: “Debo manifestar que no figuraba en el programa de mi vida el propósito de aparecer como director de ninguna escuela filosófica, ya que si me vi envuelto en aquella célebre polémica fue porque a ello me obligaron los adversarios de la doctrina científica que yo había abrazado libremente en mi cátedra” (2).

En esta polémica intervinieron científicos, sacerdotes, laicos y aun Monseñor Castro Arzobispo de Caracas, amigo, confesor y director espiritual del Dr. Hernández. La discusión se llevó a la cátedra universitaria, al púlpito y a la prensa, ocasionando la publicación de varios libros sobre el tema.

Requisitoria del Dr. Razetti

Finalmente, el primero de septiembre de 1904, el doctor Razetti recurrió a la recién fundada Academia de Medicina, de la cual había sido nombrado Secretario Perpetuo, para que ésta se pronunciara en el terreno estrictamente científico experimental sobre la legitimidad de la doctrina de la descendencia de la materia viva y del hombre en la tierra.

El 5 de enero de 1905, Razetti se queja amargamente de que en los cuatro meses transcurridos desde entonces, sólo cuatro miembros de la Academia habían tomado parte activa en el debate propuesto por él: los doctores Delgado Palacios y Medina Giménez, manifestándose a favor de sus tesis y los doctores Ochoa y Villegas Ruiz, en desacuerdo con ellas (3,4).

Después de un acalorado debate, en que, según el doctor Diego Carbonell, se utilizaron argumentos de una “dogmática científica” incalificable para demostrar la legitimidad de la doctrina de la descendencia (5), se declaró agotada la materia.

Finalizado el debate, el doctor Razetti, en su carácter de Secretario Perpetuo de la Academia, se dirigió por escrito a cada uno de sus miembros pidiéndoles que se pronunciaran de igual forma sobre el asunto, en los siguientes términos:

“Suplico a Ud. que, como colega y amigo, se

sirva releer mis conclusiones y tenga la bondad de decirme por escrito, en un corto resumen y con toda ingenuidad, si Ud. cree que de acuerdo con el estado actual de los conocimientos biológicos, esas conclusiones son o no son legítimamente científicas. Esta exigencia amistosa no obsta para que, si así conviene a sus intereses, se abstenga de emitir una opinión categórica y prefiera más bien eximirse” (6).

Esta requisitoria del doctor Razetti fue contestada por 30 académicos, de los cuales 22 se mostraron favorables a sus tesis, 7 de ellos manifestando serias dudas tanto desde el punto de vista científico, como desde el punto de vista metafísico; 4 fueron contrarios a ellas; y 4 se abstuvieron de opinar al respecto por carecer de las evidencias necesarias para hacerlo (7).

Contestación del Dr. Hernández

La contestación del doctor Hernández a aquella requisitoria fue la siguiente:

“Hay dos opiniones usadas para explicar la aparición de los seres vivos en el universo: el Creacionismo y el Evolucionismo”.

“Yo soy creacionista”.

“Pero opino además, que la Academia no debe adoptar como principio de doctrina ninguna hipótesis, porque enseña la historia que al adoptar las academias tal o cual hipótesis, lejos de favorecer dificulta notablemente el adelantamiento de la ciencia”.

El doctor Diego Cabonell dice que “con esta respuesta Hernández aparece menos dogmático en cierto aspecto de su fe religiosa, que Razetti en toda su fe materialista”.

En discurso pronunciado en la Academia de Medicina con motivo de los 25 años de la muerte del doctor Hernández, el doctor Carbonell amplía su modo de pensar al respecto, diciendo:

“He allí dos actitudes a cual más brillantes: Hernández se ha desligado por un momento de su condición de católico para declarar que el Creacionismo es una opinión como lo es el Evolucionismo, es decir, con su fe de cristiano ha mirado con recelo determinadas narraciones del Antiguo Testamento”.

En seguida dice:

“Hernández demostró así que su agilidad escolástica no tiene igual entre los filósofos criollos: él ha pensado que bien vale decir “opinión” y no otra

cosa, pues la filosofía considera que la opinión es un juicio incierto, pero que quien lo emite puede considerarse como probable” (5).

Con esa respuesta el doctor Hernández demostraba que muchos se equivocaban al considerarlo timorato y débil en la defensa de sus ideas.

Pronunciamento de la Academia

El 4 de mayo de 1905, constreñida por el doctor Razetti, la Academia aprobó, por 16 votos contra 4, la siguiente declaración, precedida de varios considerandos de los cuales tomamos el segundo, que dice así:

“Considerando:

“Que las ciencias biológicas han llevado sus inducciones y deducciones hasta procurar con teorías más o menos racionales, averiguar los orígenes de la vida; teorías que aunque bien pueden caber en la órbita de lo verosímil, no por esto se hallan revestidas de toda la severa autoridad que les otorga una certeza absoluta;”

“Declara:

“Que los fundamentos que sirven de base a las mencionadas conclusiones, son una consecuencia legítima de lo que la ciencia actual enseña; sin que se entienda que la Academia les presta con su autoridad el carácter de una verdad indiscutible” (7).

El gran polemista que era Razetti no podía darse por satisfecho con el texto aprobado por la Academia y en la introducción al libro “¿Qué es la Vida?” (8), la acusa de haberse exhibido indecisa, sin convicciones propias y falta de convencimiento científico, considerando la forma en que termina su declaración como un voto salvado.

Enfrentamiento de sabios

Un año después, al comentar por la prensa el libro “Elementos de Bacteriología” publicado por Hernández en 1906, Razetti sostiene, con el fin de atraer a Hernández a una polémica cerrada un año antes, que éste no acepta o rechaza ciertas verdades científicas, pasa por alto las teorías de la biología e “inventa” unas propias, todo en nombre del dogma católico y para no herirse con las armas que sirven de fundamento a su enseñanza científica.

Esas acusaciones se agravan cuando en esos mismos párrafos, Razetti reconoce los conocimientos

científicos que adornan al doctor Hernández, manifiesta que éste está mejor situado que nadie en Venezuela para tratar esos temas científicos y dice que la posesión de esos conocimientos explican aquellas faltas.

De modo que con pleno conocimiento de unas verdades científicas, el respetado maestro, profesor y doctor que era José Gregorio Hernández, se atreve a negarlas o a ocultarlas en nombre del dogma religioso.

Estos párrafos nos dan una clara idea de la pasión con que Razetti pretende involucrar a su gran amigo el doctor Hernández, en la polémica, interpretando erróneamente su pensamiento y poniendo en entredicho tanto la integridad científica como la honestidad académica de éste.

Razetti quería que Hernández claudicara de sus principios, se sometiera a su juicio y aceptara como verdades científicamente comprobadas, lo que para muchos no eran entonces, sino opiniones, hipótesis y teorías.

Pasividad de Hernández

Hernández no contesta y algunos lo acusan, en forma más o menos abierta, de soslayar el problema, de sacarle el cuerpo a la discusión de las ideas, de debilidad o temor frente al adversario que, agresivo, inteligente y bien provisto de argumentos buscaba, la discusión en todos los terrenos.

El doctor Diego Carbonell, en su libro “Los orígenes de la Parasitología en Venezuela” (9), se expresa de esta manera:

“No he podido explicarme sino como un renuncia a combatir, como una abstención sostenida por el temor de la violencia blasfematoria de los vocablos, como un miedo de que Razetti aumentara el escándalo que se concretaba, para Hernández, en demostrar la veracidad o la falsedad del Hexamerón; no he podido explicarme el que nuestro inolvidable maestro se impusiera una muralla de silencio ante la exposición ateísta de Razetti en la Academia Nacional de Medicina, sobre todo si recordamos que Hernández era un acabado filósofo, o por lo menos conocía todos los sistemas”.

Luego se pregunta:

“Disponía nuestro apóstol de medios para combatir al torrentoso Razetti? A veces pienso que no. Su espíritu en perpetua contemplación reñía con la polémica; la ansiada serenidad de alma quizás haya

impedido a Hernández demoler los argumentos del vibrante expositor que fue Razetti”.

Pensamiento creacionista de Hernández

En 1909, después de madurar su pensamiento en el silencio de la Cartuja, en el estudio de la ciencia experimental, en la reflexión filosófica y en las enseñanzas de la Iglesia, Hernández rompe su silencio y en el prolegómeno de sus “Elementos de Embriología” (10), enfrenta a los positivistas y contesta las críticas hechas por Razetti a sus “Elementos de Bacteriología” (11).

Después de referirse a las experiencias que revelan la existencia de los actos físico-químicos en todas las actividades embrionarias, esté vivo o recién muerto el embrión, Hernández añade: “Los fisiologistas, que consideran la vida como una resultante de las fuerzas físico-químicas productoras de los actos funcionales pueden comprender al estudiar la embriología, lo infundado de su hipótesis, primeramente, porque en el orden lógico los componentes son anteriores a la resultante, de suerte que las funciones tendrían que ser anteriores a la vida; y en segundo lugar, después de la muerte continúan obrando los mismos componentes y, con todo, falta la resultante, es decir, la vida”.

Luego añade: “La embriología nos enseña en definitiva, más claramente que la fisiología, la existencia en todos los cuerpos vivos de un principio superior que ordena, dirige, encadena y gobierna las fuerzas físico químicas para la construcción y la observación del ser, cuya separación acarrea la muerte, a pesar de la persistencia de aquellas fuerzas: éste es el principio vital” (10).

Con la prudencia del “doctor”, reconoce ignorar cuál sea la naturaleza de aquel “principio vital” en vegetales y animales, no cometiendo el error de “espiritualizarlo”, lo que sí hace, sin error, cuando se refiere al alma que anima al hombre.

En 1912, el doctor Hernández (12) publica los elementos de “la filosofía que según él le hicieron posible la vida” y en ellos reafirma y amplía su dualismo filosófico y su posición creacionista, que armoniza perfectamente con la teoría de la evolución. Afirma Hernández que es imposible conocer científicamente cómo fue creado el mundo y por eso se han inventado dos hipótesis para explicar su origen y el de las cosas que hay en él.

La más antigua dice que todas las cosas fueron creadas de la nada en el mismo estado de desarrollo

en que se encuentran actualmente. Reconoce Hernández que esta hipótesis es poco admitida actualmente porque no explica la formación de los seres existentes, ni sus relaciones de una manera científica. La otra es la teoría de la evolución universal, que aplicada al hombre se denomina teoría de la descendencia.

Dice Hernández, que esta última hipótesis explica mejor el encadenamiento de los seres vivos y puede armonizarse perfectamente con la doctrina de la Revelación.

Luego siguiendo paso a paso el relato bíblico de la creación, va aplicando la teoría de la evolución a la aparición de las especies sobre la tierra hasta llegar al hombre.

Completado el relato de la creación a la luz de la hipótesis de la evolución, Hernández sostiene que la evolución concuerda perfectamente con la verdad filosófica y religiosa de la creación. Luego va más allá y, concordando con Santo Tomás (13), añade que la misma generación espontánea nada tiene de opuesto a la creación, pues muy bien puede admitirse que reunidos convenientemente los cuerpos minerales que han de constituir el cuerpo vivo, Dios concurre para animarlos, así como una vez que están reunidos el óvulo y el espermatozoide de la manera natural, Dios termina la formación del hombre, creando el alma que ha de animarlo.

Por lo que se refiere a la creación del hombre Hernández piensa que Dios lo creó a su imagen y semejanza en dos operaciones sucesivas: en la primera creó el cuerpo a partir del lodo de la tierra, es decir, de los elementos existentes en la tierra creada por El, formando células, tejido y elementos anatómicos cada vez más complejos, siguiendo un plan evolutivo similar al de las otras creaturas vivientes; verificase luego la segunda operación, es decir, la creación del alma simple, espiritual, racional e inmortal que había de animarlo dándole la naturaleza humana.

Esta forma de concebir la creación de los seres vivos, incluido el hombre, concuerda con lo sostenido por Santo Tomás en el libro II, Capítulo 89 de la Suma Contra Gentiles, donde dice, "Mientras más noble es una forma y más distante es de la forma elemental, tanto más tendrá que tener formas intermedias, por las que gradualmente llegue a la última forma y, en consecuencia, habrá también varias generaciones intermedias. Por eso en la generación del animal y del hombre, en los que se

dan las formas más perfectas, hay muchas formas generacionales intermedias y en consecuencia muchas corrupciones, porque la generación de un ser es la corrupción de otro (13,14).

Las razones del doctor Hernández

Noventa años después, al estudiar cuidadosamente todo este asunto, las personalidades envueltas, sus actitudes frente a la vida, sus conocimientos científicos, sus pensamientos, los temas tratados y los argumentos usados, se puede llegar a las siguientes conclusiones en relación con las razones por las que el doctor Hernández tomó la actitud pasiva que tomó, frente a aquella famosa polémica.

En primer lugar, su temperamento místico, humilde, reconcentrado y contemplativo muy ajeno a toda beligerancia y a toda polémica.

En segundo lugar, la mansedumbre que le inspiraba horror a la violencia en la que se podría caer dada la personalidad de Razetti, descrita por Archila.

En tercer lugar la prudencia del que sabe que, como decía Raiza Maritain (15), es preciso hacer bien todo lo que se hace, especialmente cuando se tiene el honor de servir a la verdad y que, polemizando sobre tan delicado tema en el terreno y en la forma propuestos por Razetti, ella, la verdad, podría salir maltratada en vez de fortalecida.

En cuarto lugar, la humildad del sabio que dotado de espíritu crítico, reconoce la limitación de los conocimientos generales existentes, la insuficiencia de los datos experimentales y la consiguiente posibilidad de errar en las conclusiones.

Es así que el mismo Darwin (16) le escribe a su amigo Asa Gray:

"Lo que tu señalas es muy cierto: mi trabajo es demasiado hipotético y en gran parte no merece llamarse inductivo, siendo mi error más común el generalizar a partir de muy pocos datos".

En quinto lugar, la sabiduría de quien sabe que cada ciencia tiene su objeto específico y su método propio, y que se expone a errar quien trata de alcanzar el objeto de la una con el método de la otra, como sería el tratar de utilizar el método inductivo de la ciencias positivas para llegar al conocimiento de Dios y del hombre total, cuerpo y espíritu, objeto de las ciencias deductivas como la teología, la metafísica y la filosofía de la naturaleza.

En sexto lugar, la sagacidad que le permitió descubrir detrás de la polémica propuesta por Razetti,

y no sólo el deseo de establecer la verdad científica, sino el de atacar el dogma católico y satisfacer así su pasión anti-clerical exacerbada por los injustos ataques de que había sido objeto.

Crisis del darwinismo a fines de siglo

Noventa años después, numerosos estudios históricos acerca del impacto y la aceptación de las teorías de la evolución de Darwin en los medios científicos y académicos del mundo a fines del siglo XIX, nos demuestran la prudencia y la sabiduría de la posición adoptada entonces por Hernández frente a aquellas teorías.

En efecto, Darwin esperaba que teólogos como Samuel Wilberforce, obispo anglicano de Oxford, científicos poco entrenados en las ciencias experimentales y científicos con una fuerte formación religiosa se opusieran violentamente a su teoría de la evolución. Lo que no esperaba era la vehemencia con que científicos y filósofos respetables denunciarían su trabajo por considerarlo poco “científico”.

David L. Hull escribe en el libro “Darwin y sus críticos” (17), que a comienzos de siglo, es decir, cuando tuvo lugar en Caracas la polémica acerca de la validez científica de la teoría de la evolución, los postulados de Darwin en que ella se basaba, es decir, la generación espontánea de la vida y la selección natural, se encontraban en su más bajo nivel de aceptación en los círculos científicos del antiguo continente.

Por su parte Peter Bowler, sostiene en su libro “El eclipse del darwinismo cerca de 1900” (18), que las teorías de Darwin que habían gozado de un éxito considerable a partir de la aparición del “Origen de las especies”, a fines de siglo habían perdido gran parte de su aceptación en el mundo científico. De este autor citamos los siguientes nombres y sus opiniones: en 1940, Julián Huxley, darwinista y nieto de Thomas Huxley el gran amigo y defensor de Darwin en su polémica con el obispo Wilberforce, calificó de “eclipse” la situación del darwinismo alrededor de 1900, cuando muchos biólogos le habían dado la espalda a la selección natural como explicación de la evolución de las especies.

En 1894, el Marqués de Salisbury, ex-primer ministro de Inglaterra y Presidente de la Sociedad Británica para el Avance de la Ciencia, aceptando el hecho de la evolución en la naturaleza, sostenía que nadie había probado ni podría probar que la “selección” pudiera producir algún cambio sig-

nificativo en las especies; que por tanto era imposible demostrar experimentalmente la teoría sostenida por Darwin.

En esa misma época, Lord Kelvin, con su inmenso prestigio, había calculado que la edad de la tierra, estimada erróneamente por él entre los 20 y los 400 millones de años, no era suficiente para que el proceso inmensamente lento de la selección natural, propuesto por los darwinistas, produjera los resultados que se ven hoy en la naturaleza. Thomas Huxley defendió el darwinismo con gran energía, pero no pudo refutar los argumentos matemáticos de Lord Kelvin.

Tres estudios señalan el estado de incertidumbre en que se encontraba el “darwinismo”, como teoría fundamental de la evolución, a comienzos de siglo: el de Romanes, “Darwin y después de Darwin”, aparecido en 1897; el de Plate, aparecido en 1900; y el de Kellog, “El Darwinismo hoy”, aparecido en 1907. Estos tres investigadores reconocen que es tal la oposición en los medios científicos a los mecanismos propuestos por Darwin para explicar la evolución, que ellos debían ser revisados para darle paso a otras alternativas sustitutivas o complementarias.

Muchos biólogos opuestos al mecanismo de la selección natural e inclinados al “lamarckismo” predecían que el darwinismo desaparecería como teoría de la evolución. Así, en 1903 apareció el libro de Dennert, titulado “En el lecho de muerte del darwinismo” que sostenía que la selección natural no podía ser sino una causa secundaria de la evolución.

Esa era la situación de las teorías darwinistas de la evolución en Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos a comienzos de siglo. La situación en Francia, cuna de Lamarck, no era mucho mejor.

El poco éxito de las teorías darwinistas de la evolución allí tuvo las siguientes causas:

En Francia la cuestión de la evolución estaba planteada desde tiempos de Lamarck y su aceptación venía avanzando lentamente de modo que “El origen de las especies” no convirtió al mundo científico de Francia al evolucionismo; ni siquiera actuó como agente catalítico que pudiera haber acelerado el proceso de conversión ya existente.

La influencia de biólogos como Louis Pasteur y Claude Bernard, inclinaba el interés de la comunidad académica hacia los estudios biológicos de laboratorio, de modo que las teorías de la evolución,

especulativas y basadas en observaciones de campo, no se mencionaron en los cursos dados en la Sorbona hasta 1883.

El racionalismo cartesiano, prominente en Francia, rechazaba tanto las tesis darwinistas basadas en el azar, como la especulación basada en la observación de la naturaleza y en los descubrimientos paleontológicos que tanto apasionaban a los anglosajones.

La Iglesia católica, se oponía a todo lo que pudiera contrariar el dogma y las Sagradas Escrituras, pues todavía no se aplicaba el método histórico y el análisis de los géneros literarios al estudio de los libros sagrados, lo que más tarde permitió, gracias a los trabajos del Padre Marie Joseph Lagrange, la conciliación entre el relato bíblico de la creación y las modernas teorías de la evolución.

Fundamento de la crítica al darwinismo

Las críticas más frecuentes y serias contra la doctrina darwinista de la evolución en aquella época eran las siguientes:

En el orden metodológico y experimental:

1. Fallas frecuentes en el uso del método inductivo que lo llevaron a sacar conclusiones sin suficiente información experimental; como el mismo lo dice a su amigo Asa Gray:
“... mi error más común es probablemente el de inducir a partir de la observación de muy pocos hechos” (19).
2. La falta de pruebas experimentales de su teoría que llevó a los más connotados filósofos de su tiempo como John Herschel, Williams Whewell y John Stuart Mill, a decir que el “Origen de las especies” no era otra cosa que una masa de conjeturas, que “Darwin no había probado nada!!!”, y que después de veinte años de trabajo, Darwin había fallado en aportar pruebas de su teoría de la evolución por selección natural” (20).
3. El propio Darwin le dice a Bronn: “Cuando descendemos a los detalles, no podemos probar que alguna especie haya cambiado; tampoco podemos probar que ese supuesto cambio haya sido beneficioso, lo cual es el fundamento de la teoría. Tampoco podemos explicar por qué unas especies han cambiado y otras no” (19).
4. Cuando los críticos de Darwin objetaban su teoría considerándola hipotética y especulativa,

tenían en mente tres aspectos de su formulación: 1) que el origen inicial espontáneo de la vida habría tenido lugar en un pasado tan distante que no podría ser conocido por nadie; 2) que la evolución ocurría tan lentamente que nadie había podido, ni podría observar una especie transformándose en otra; 3) que todas las especies habían evolucionado de una sola y primitiva forma viviente, sin tener en cuenta las evidentes discontinuidades en las series de los fósiles.

5. Darwin se sentía comprometido a dar una explicación naturalista del origen espontáneo de la vida y no tenía ninguna que fuera satisfactoria para el mundo científico. Además, Darwin tuvo la mala suerte de proponer su teoría de la evolución, que requería de la generación espontánea para sostenerse, justamente cuando Pasteur demostraba experimentalmente el error de los que sostenían que la generación espontánea era un hecho comprobado y cuando se popularizaba el dicho: “Toda vida proviene de una vida pre-existente”.

En el orden de la historia natural y de la filosofía de la naturaleza:

1. Pocas veces en la historia de las ideas una teoría científica había contrastado tan abiertamente con un principio metafísico como la teoría de la evolución lo hacía con la doctrina de la inmutabilidad de las especies.
2. La teoría de la evolución de las especies marcó una ruptura fundamental con la creencia, generalizada entre filósofos y científicos de todos los tiempos, de que la evolución del mundo debía tener un sentido teleológico, imposible de armonizar con la selección natural y con las mutaciones azarosas propuestas por Darwin.
El propio Darwin, reconociendo la importancia del conflicto, escribe:
“Yo puedo ver al universo como el resultado ciego del azar.....”. “Yo no puedo estar contento con ver a este maravilloso universo, especialmente la naturaleza del hombre, y concluir que todo es el resultado de la fuerza bruta” (19).
3. Los excesos de evolucionistas como Ernesto Haeckel, que le habían dado a la evolución una mala reputación por su contenido radicalmente materialista, incompatible con el gran edificio del espíritu, construido por la filosofía griega y por la escolástica cristiana durante más de dos mil años.

En el orden epistemológico:

1. Realistas, idealistas, racionalistas y empiricistas de la época eran “esencialistas” en su forma de ver el mundo: los unos pensando que sólo las ideas existen inmutablemente en la mente de Dios y de los hombres y que los objetos materiales no son sino copias efímeras de ellas; los otros, creyendo que los universales existen en la naturaleza, de acuerdo con la doctrina “hilemórfica” de Aristóteles, según la cual la materia cambia y la “forma” persiste.
2. La doctrina de la evolución de las especies contrariaba ese pensamiento “esencialista” en todas sus formas y, según Whewell, hacía imposible el conocimiento científico basado en lo general permanente y no en lo individual efímero.
3. Para Stuart Mill, el conocimiento de la naturaleza exigía que existiera una barrera infranqueable entre las especies y la doctrina de Darwin suponía la existencia de un infinito número de subespecies intermedias, en proceso de evolución gradual e imposibles de distinguir con claridad, lo cual impedía la inducción por eliminación y por tanto, el conocimiento científico de la realidad (20).

En el orden teológico y religioso:

1. La forma materialista con que el darwinismo presentaba el origen de la vida y de las especies chocaba directamente con la doctrina judeo-cristiana de la creación del universo, incluyendo los seres vivos y el hombre, según el relato bíblico.
2. Aun si se aceptaban la generación espontánea y la evolución de las especies como explicaciones de la aparición de los seres vivos en el universo creado, como lo hacían San Agustín y Santo Tomás, la doctrina cristiana acerca de la existencia y el origen divino del alma, como componente espiritual del hombre, era irreconciliable con los postulados materialistas del darwinismo.

El mito del siglo XX

Noventa años después los asombrosos descubrimientos de la ciencia nos revelan las maravillas de la naturaleza: la estructura celular y sus funciones; los cromosomas y los genes transmisores de la herencia; las funciones y operaciones del ADN y del ARN, de las cuales depende que los seres vivientes sean lo que son; la cibernética molecular que les permite auto-regularse y auto-conservarse.

Pensando en el inmenso camino recorrido por la evolución desde hace tres mil millones de años, en la prodigiosa riqueza de estructuras creadas desde la bacteria hasta el hombre y en su maravillosa eficacia, Jaques Monod escribe (21) que “uno tiene derecho a dudar que todo eso sea el producto de una enorme lotería, entre cuyos números lanzados al azar una selección ciega haya escogido los ganadores”. Jaques Monod, en su libro, “El azar y la necesidad” (21), recoge el dicho de Francois Mauriac, quien después de oír una conferencia en el Colegio de Francia sobre aquellos descubrimientos de la ciencia biológica, exclama: “Lo que dice ese profesor es bastante más creíble que lo que creemos nosotros, los pobres cristianos”.

Noventa años después, la propiedad, la prudencia y la sabiduría de la posición adoptada entonces por el doctor Hernández queda demostrada cuando todavía hoy, a pesar de aquellos éxitos científicos, investigadores de la biología, de la paleontología, de la paleoantropología, de la morfología comparada, de la genética, de la zoología, de la embriología, del lenguaje, del comportamiento, de la pre-historia y de la etnología siguen intentando develar los misterios de la vida, de la naturaleza del hombre y del cómo, cuándo, dónde y por qué tuvo lugar el magno suceso de la aparición de éste sobre la tierra; cuando todavía hoy, un hombre de la talla científica del profesor Pierre Paul Grassé, biólogo, de la Academia de Ciencias de Francia, quien ha ocupado durante 30 años la cátedra de la evolución en la Universidad de la Sorbona, nos dice en su libro “L'evolution du vivant” (22):

“A fuerza de postulados disimulados, de extrapolaciones temerarias, si no ilegítimas, una pseudo ciencia se crea y se instala en el corazón mismo de la biología, induciendo a error a muchos bioquímicos y biólogos que, de buena fe, creen verificados los principios fundamentales de la evolución, cuando en realidad no hay nada demostrado”.

“Hoy en día tenemos el deber de destruir el mito de la evolución, presentada como un fenómeno simple, comprendido y comprobado, que se desarrolla bajo nuestros ojos”; cuando todavía hoy, un eminente hombre de ciencia como el doctor Michael Denton, quien dirige el Centro de Investigaciones en Genética Humana de Sidney, Australia, en su libro “La Evolución una Teoría en Crisis” (23) nos dice con frases inquietantes:

“La filosofía, la ética del hombre occidental moderno está basada en gran medida en la reivindi-

cación central de la teoría darwinista, a saber, que la humanidad no ha nacido de una intención creatriz divina, sino de un proceso completamente ciego de selección de formas moleculares aleatorias. La importancia cultural de la teoría de la evolución es por tanto inconmensurable, pues ella constituye la pieza maestra, el coronamiento de la visión naturalista del mundo; ella representa el triunfo final de la tesis secular, que desde el fin de la Edad Media ha suplantado a la antigua cosmología ingenua del Génesis en el espíritu del mundo occidental”.

“A fin de cuentas la teoría darwinista de la evolución no es ni más ni menos que el gran mito cosmogónico del siglo XX. Como la cosmología del Génesis que él ha reemplazado, como los antiguos mitos de la creación, él satisface la misma necesidad psicológica profunda que, desde los magos primitivos hasta los ideólogos de la Iglesia medioeval, ha motivado a todos los fabricantes de mitos cosmogónicos del pasado: la necesidad de una explicación del origen del mundo que abarque toda la realidad.”

Setenta y cinco años después de su muerte, las maravillas de la naturaleza descubiertas por la ciencia en los últimos noventa años; los inmensos y quizás más profundos misterios, todavía por develar; y los milagros celulares, todavía por explicar, Hernández diría hoy como ayer:

Yo soy creacionista!!!!!!

REFERENCIAS

1. Darwin CH. El Origen del Hombre -Santiago de Chile: Zig SA. 1939
2. Archila R, Razetti L. Obras Completas Volumen VIII Caracas: Talleres de la Imprenta Nacional 1980;305-306.
3. Razetti L. Legitimidad científica de la doctrina de la descendencia. Gac Méd Caracas 1904;11:131-137.
4. Razetti L. Legitimidad científica de la doctrina de la descendencia. Gac Méd Caracas 1905;12:1-4.
5. Carbonell D. Citado en Hernández E. “Nuestro Tío José Gregorio” Madrid: Rivadeneira S.A. 1958:492.
6. Razetti L. Legitimidad científica de la doctrina de la descendencia. Gac Méd Caracas 1905;12:82-85.
7. Razetti L. Legitimidad científica de la doctrina de la descendencia. Gac Méd Caracas 1905;12:65.
8. Razetti L. ¿Qué es la Vida? Caracas: Imprenta Nacional, 1907.
9. Carbonell D. La Parasitología en Venezuela y los Trabajos del Dr. M. Núñez Tovar. Caracas: Litografía del Comercio 1938.
10. Hernández JG. Elementos de Embriología 1906-1907. Reproducido en Vélez Boza “José Gregorio Hernández-Obras Completas”. Caracas: Imprenta Universitaria, 1968.
11. Hernández JG. Elementos de Bacteriología. Caracas: Topografía Herrera Irigoyen y Cía. 1906.
12. Hernández JG. Elementos de Filosofía. Caracas: Tipografía El Cojo, 1912.
13. Tomás de Aquino. Suma de Teología: cuestion 91, art. 3, ad. 2; cuestion 70, art. 3; cuestion 115, art. 3 Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1990.
14. Suma Contra Gentiles -Libro II, cap. 89- Ciudad de México: Editorial Porrúa, SA, 1977.
15. Jaques Maritain. Diario de Raissa. Barcelona: Editorial Estela, 1966.
16. Darwin CH. Carta a Asa Gray del 29 de Noviembre de 1859, publicada en “More Letters” (1859), 1:126, citado en (17).
17. Hull DL. Darwin and his critics. Chicago: The University of Chicago Press, 1973.
18. Bowler P. The Eclipse of Darwinism. Baltimore: John Hopkins University Press, 1983.
19. Darwin F. The Life and Letters of Charles Darwin. Londres: Murray, 1887.
20. Mill JS. System of logic, ratiocinative and inductive. 8th ed. Londres: Longsman, Green, 1874.
21. Monod J. “Le Hasard et la necesite” París: Seuil, 1970.
22. Grasse P. “L evolution du vivant”. París: Albin Michel, 1978.
23. Denton M. L'evolution -Une theorie en crise”. París: Flammarion, 1992.